

---

---

## Américo Castro, historiador

---

---

Al leer cualquier página de don Américo Castro —el culto a Santiago y las peregrinaciones jacobeanas, los conversos, el pensamiento de Cervantes o la expulsión judía— nos situamos en pleno corazón de lo español. Con casi todos sus compañeros de generación sucede igual, pero con Castro el hecho es más manifiesto y revelador. Algunas notas de su carácter referidas, generalmente, a la impulsividad y apasionamiento puede decirse que dimanaban en línea directa de esta elevada temperatura patriótica. El sentido de la cultura española, sus orígenes y rasgos modeladores, constituían para él una cuestión vital y no meramente académica o profesional. Desde muy joven, sumergido en la onda regeneracionista desatada tras el Desastre, se percató bien claramente de que el proyecto del futuro del país guardaba íntima y estrecha relación con el tipo de respuesta que se diera a aquellas preguntas inquietantes para un espíritu de conformación muy desasosegada e inconformista. En todas las capitales intelectuales de la Europa de la *Belle Époque* y del período de entreguerras y en otras muchas de la América hispana y de la anglosajona, su estancia, voluntaria o forzada, no tuvo otro norte que el del análisis desde perspectivas culturales tan diferentes del gran tema que aglutinó su existencia. Los dioses le hicieron el regalo de que hasta el último instante de una lúcida ancianidad le acompañara tan noble obsesión.

Los materiales puestos a contribución del esclarecimiento de lo que su más preclaro polemista denominase enigma de España fueron muchos y enhebrados por la claridad conceptual, analítica y expositiva, que convierten su obra en una de las empresas intelectuales de más alto y airoso gallo registradas por nuestras aventuras intelectuales. Todas las disciplinas concernientes a la crítica literaria le fueron familiares, ahormados sus conocimientos con métodos que recogían siempre los resultados de las vanguardias académicas, pero que se movieron en una zona de templado estructuralismo como el medio más adecuado para captar el proceso histórico, pues bajo la forma de éste concibió don Américo la marcha del acontecer humano. El magisterio de don Ramón Menéndez Pidal y sus múltiples lazos con medievalistas y modernistas le ayudaron a mantener, en todo momento, una impecable puesta al día en el terreno de la historiografía acerca de dichas etapas, si bien el autor de *La realidad histórica de España* no ahorrara con frecuencia —a la manera orteguiana— de revelar su desprecio hacia las escasas aportaciones sustantivas de los profesionales de la Historia en orden a una definición satisfactoria de lo español. Aunque la controversia es un acicate insustituible, y a veces también el procedimiento más adecuado para el avance científico, constituyó una desgracia intelectual la asintonía provocada entre los cultivadores de la historiografía y de la historia literaria en los años treinta, a consecuencia, fundamentalmente, del espectacular desarrollo de

la segunda y del sacudimiento de la guerra civil, que debilitó la autoridad indiscutida para unos y otros de don Ramón Menéndez Pidal, engarce y confluencia, hasta entonces, de las dos corrientes.

Aunque toda su trayectoria científica no había sido otra cosa que un cerco cada vez más estrecho a la esencia de lo hispano, sería la guerra civil la que le sumergiría de lleno en el tema, obligándole, como una especie de terapia, a dar a la estampa el gran edificio construido para albergar su tratamiento y visión. Su más fiel y perspicaz discípulo (que no ha dudado en aras de una malentendida lealtad en calificar a don Claudio Sánchez Albornoz como un «notable erudito») ha descrito, con acento bíblico, la revelación misteriosa que tuvo don Américo en una radiante mañana tejana para comprometerse vitalmente en el empeño de ofrecer a sus compatriotas la imagen verdadera del pueblo a que pertenecían.

Fue, en efecto, en tierra de exilio donde don Américo trazó la arquitectura de su meditación española.

Sabido es que ésta se articula, en sus puntos básicos, en torno a la aparición del español como producto de la realidad convivencial de las tres grandes culturas que florecieron en nuestra Edad Media; el rompimiento de su equilibrio a favor de una de ellas o, por mejor decir, la absolutización de la cristiana, con la consiguiente erradicación violenta de las otras, ocasionó, en la sociedad peninsular, un dramático e irrestañable desgarramiento, que amputó, precisamente, las virtualidades indispensables para convertirla en una nación moderna, construida su realidad social sobre el pluralismo, la tolerancia y el espíritu científico y empresarial.

Tal hecho haría de la cultura española una cultura enclaustrada y endógena, conduciéndola a un casticismo narcisista, en el que se potenciaron algunas de sus notas más negativas. Resultado de todo ello fue la cerrazón sistemática a todo intento renovador y la sañuda hostilidad a cualquier corriente o individualidad favorable a la apertura o a la innovación. «Santiago y cierra España» sería el símbolo de la idea de España prevalente en los siglos de la Modernidad, cristalizada en hábitos, creencias e instituciones enemigas declaradas de cualquier transformación. Curiosa y sorprendentemente, los aparatos del poder hicieron que en nuestro país la sociedad se acompasara al paso y a la orientación de las ideas difundidas desde aquéllas, y no al revés, según sucedió en las naciones que restaurarían la evolución mundial en los últimos siglos.

Nada faltó, como ya dijimos, para hacer sugestiva y sólida su teoría de lo español a la que no cabe negarle ni originalidad ni potencia creadora. Pero como era lógico e inevitable, la tesis de Castro incitaba a la controversia, y ésta no tardó en aparecer. No sintetizaremos ahora el esquema de la réplica más conocida y famosa a que dio lugar la visión de don Américo. Sánchez Albornoz consideró infirmos sus principales postulados y los sometió a una severa crítica, contestada por la pluma más jupiterina aún de su antiguo amigo y colega de la Universidad de Madrid. A partir de *España, un enigma histórico*, los chequeos del ingente libro de Castro se sucedieron a cargo de historiadores de diversas especialidades, e incluso de filólogos, entre los que cabría destacar, por la enjundia y documentación de sus alegatos, a Eugenio Asensio. En seguida la controversia fue instrumentada y fue de ver a los dos grandes patriarcas traídos y llevados por gentes que, en general, andaban muy desmarcadas de sus

preocupaciones e intenciones. Homenajes y exaltaciones se alternaron con miras bien concretas e interesadas, hasta que llegada la década de los ochenta la disputada cuestión comenzó a entrar nuevamente en el campo de reflexión de estudiosos profesionales, al margen, por cronología vital, de las hipotecas de prejuicios y apriorismos.

La historiografía actual no puede por menos de pronunciarse a favor de varios de los presupuestos de la obra de don Américo. Ver España como una nación surgida en el siglo XIII es, quizá, el punto de mayor discrepancia que admiten su noción de nuestra identidad patria. Tomar como hilo de ésta en exclusiva el factor antropológico resulta, quizá, excesivo, pero también lo es, sin duda, el clausurar en el limbo histórico a una calidad que, aunque no fuera más que por razones geográficas, tuvo que fraguar de hecho en una comunidad con una idea colectiva más o menos vagorosa, pero cierta. Esta es, sin duda, el eje, la cuestión batalladora por excelencia de la noción histórica de lo español; pero su trascendencia no debe conducir a un olvido o preterición de las aportaciones incontestables de la obra de Castro. La interpretación del individualismo hispano y su trasunto cultural, las raíces de la intolerancia, el cortocircuito de nuestra modernidad, la descripción de los rasgos más llamativos de la religiosidad ibérica, los efectos de la mentalidad inquisitorial, etc., son aspectos de su visión que no están sujetos a revisionismo alguno por la patencia de su realidad. La fecundidad de estos puntos de vista y asertos se aparece igualmente clara, conforme lo han demostrado las muchas monografías que se han alimentado en su fuente. Tanto en el campo de los estudios literarios como en los de la historiografía acerca de los siglos XVI y XVII la huella de Castro aparece constantemente, como acicate y aún más como refrendo indiscutible. Hasta él nadie había reparado en la conflictividad básica de aquella sociedad, siendo a lo más constatadas sus tensiones religiosas de la primera mitad del quinientos por la pluma del más egregio de los hispanistas. Merced al planteamiento de Castro, se nos ha puesto al descubierto la dinámica social del Siglo de Oro, que, entre otras cosas, ha ensanchado las perspectivas de la comprensión de sus principales creaciones literarias.

Dos temas atraen especialmente la atención del contemporaneísta de entre los muchos referidos con mayor o menor latitud y especificidad por don Américo al mundo del inmediato pasado. Por causas varias, la versión de Castro sobre las raíces profundas de un fenómeno tan hispánico como el anarquismo nunca son consideradas por los estudiosos de éste, pocos y en general no demasiado convincentes. Sin suscribirlas *in totum*, es innegable que analizarlas desde la radical subjetividad del *homo hispanicus*, del personalismo a ultranza de su cosmovisión tal y como hace la teoría de Castro es una argumentación esclarecedora y penetrante; y observarlas como el último eslabón y consecuencia de un depósito de frustraciones íntimas, de monólogos y soliloquios que apuntan a una redención mesiánica de sufrimientos e injusticias a la que muchos españoles abocan por los condicionamientos de una realidad que les displace de forma absoluta, constituye una llamada de intuición e inteligencia para bucear en las capas con mayor poder genético del hecho anarquista. «Lo decisivo en el anarquismo español consiste, más que en ideologías expresadas en libros, en su enlace con una continuidad de situaciones y reacciones anímicas que, al entrecruzarse